

El Eco de Cartagena.

AÑO XXX.—NUM. 8624

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚM. 58

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—**Provincias**, tres meses, 7'50 id.—**Extranjero**, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. **Números sueltos 15 céntimos.**

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, R. A. Loreite, rue Caumartin, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, No. C. 166.—Administrador, **D. Emilio Garrido López.**

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24.

Sábado 26 de Julio de 1890.

CÓLERA.—Véase en la cuarta plana el anuncio *Coaltar Saponiné.*

ECOS DE MADRID

25 de Julio de 1890.

Nadie creería hallarse en uno de los meses más calorosos del año. No es fresco sino frío, un frío auténtico, más propio del Otoño que del Estío el que experimentamos en la villa y corte.

Si como pretenden los sabios va enfriándose el planeta, no será extraño que dentro de algunos años se vengan á veranear á Madrid los habitantes de las orillas del océano á quienes hasta ahora hemos pagado el tributo de nuestra personalidad y nuestro dinero á cambio de la apacible temperatura que á su lado disfrutábamos. Ellos estarán á estas fechas viviendo al amparo de la lumbre: nosotros no podemos prescindir del abrigo y lo que es por las mañanas y por las noches es más fácil encontrar una pulmonía que un billete de Banco.

Con efecto, los billetes escasean; mejor dicho no se ve uno y así como antes para cambiarlos por plata, había necesidad de formar cola en el Banco ó de pagar una prima á los cambiantes de moneda, hoy por el contrario vamos á vernos precisados á hacer un sacrificio pecuniario para cambiar la plata por billetes. De cualquier modo resulta que somos parientes colaterales del primer establecimiento de crédito de la nación.

Desde hace quince días no paga el Banco más que en plata. Los que van á sacar dinero en abundancia, á cobrar una letra importante, no pueden prescindir ni de las ya casi olvidadas talegas ni de un carro. Los billetes se han eclipsado y el Banco es el primero que ignora donde están. Nada... nada... que hace falta una nueva y abundante emisión.

Digan lo que quieran los pesimistas, España es un país rico y por añadidura económico.

Mejor se guarda un fajo de billetes que una talega. Además los billetes son modestos y discretos, no hacen ruido como los duros y las pesetas. Al fin y al cabo nos convenceremos de que los billetes son, además de una necesidad económica, una necesidad social.

Qué semana la última! Deben los provincianos figurarse que la vida en Madrid es un oasis. Qué demostraciones entusiasmo se han hecho al insigne Peral! ¡Con qué placer habrá vuelto á su hogar y qué gran sueño habrá echado sobre sus merecidos laureles! Porque en Madrid ha debido rendirse. Visitas, apretónes de manos, abrazos, banquetes, discursos, rigodones, serenatas, conferencias científicas... El espectáculo ha sido magnífico y consolador; pero el ilustre marino, ha debido quedar fatigado para una larga temporada.

El pueblo madrileño es el que parecía incausable. Dejó 24 horas al insigne Peral, para asistir á las postrimerias de la desgraciada Higinis. Cuando este drama terminó volvió los ojos al héroe sin abandonar por esto las verbeas, que se celebran este año con más animación y más jolgorio que en el anterior.

Hay quien pretende que todo esto se hace para desterrar tristezas y consolar los ojos para engañar al estómago. El Comercio anda mal dicen los quejumbrosos; pero no debe ser cierto toda vez que se aviene á cerrar los domingos por la mañana las tiendas que solían llenar las señoras, aprovechando la salida á misa. Por otra parte, los teatros se llenan, los circos están muy animados y hay noches que los Jardines del Retiro reúnen tres ó cuatro mil espectadores. Bien es verdad que por una peseta dan una silla, una temperatura agradable y una ópera. En el paraíso del Teatro Real un mal asiento y una continua serie de estrujones cuesta doble.

Apesar de los atractivos que ofrece Madrid, los viajes aplazados por temor de la epidemia y de las fumigaciones, comienzan á realizarse en gran escala. La moda se ha convertido en costumbre y cuando no se abandona la corte siquiera durante el mes de Agosto, se experimenta la nostalgia de la concha ó el Sardinero, de Vigo ó de Gijón, de Biarritz ó San Juan de Luz.

Los viajes de recreo son los que este año han perdido el pleito ó poco menos. La clase popular se conforma con las expediciones domingueras al Escorial ó la Granja. Este último Real sitio, gracias á la facilidad que ofrece el ferrocarril, se ve muy favorecido por los turistas de mantón de Manila, americana y hongo. De todos modos deja rendidos á los viajeros que salen de Madrid al rayar el alba y regresan entre once y doce de la noche.

Las suicidios se repiten. Con la mayor facilidad se quitan la vida hombres, mujeres y hasta jóvenes de quince á diez y seis años.

El interventor de la casa de la Moneda, se levantó la tapa de los sesos el domingo por la mañana. El lunes por la tarde hizo otro tanto un soldado en el Cuartel del Conde Duque. El martes un muchacho que se había gastado el jornal de la semana anterior, temeroso de que su padre le riñera, se disparó un pistoletazo. ¡Cómo está la sociedad!

Julio Nombela.

EL HIRUDÍNEO MAGNÉTICO EXPLOSIVO.

Ha coincidido la llegada del Sr. Peral á Madrid con la de otro español procedente de Inglaterra é inventor también de un terrible elemento de destrucción naval.

Conocedores de ello dos redactores de «El Día», pasaron á tener una entrevista con el inventor del hirudíneo, quien ampliamente satisfizo la curiosidad de los indicados periodistas.

El hirudíneo da á conocer con su nombre que tiene las propiedades de una sanguijuela; es decir, que se adhiere tenazmente con su aparato magnético al fondo de los buques de hierro ó de acero, y los destroza vomitando dentro de ellos sus explosivas entrañas.

El inventor, no solamente les mostró los planos y modelos de su destructor aparato, sino que les manifestó no ser desconocido su invento en los centros oficiales de la corte, pues hace 6 ó 7 años que por conducto del Sr. Marqués de Casa-Laiglesia había enviado al gobierno de D. Alfonso XII planos, modelos

y completa descripción de sus aparatos explosivos.

Preguntado qué efecto podría causar el encuentro del hirudíneo con el submarino «Peral» les contestó lo siguiente: «La destrucción instantánea de éste; pero ya debería saber el ilustrado y popular marino, por conducto de un íntimo amigo de los dos, no solo la existencia del hirudíneo; sino también el consejo de construir sus futuros submarinos con «planchas de madera ó de metales no magnéticos», así como también otras observaciones hechas espontáneamente desde Londres hace ya algunos meses.»

Toda la luz que nuestros compañeros pudieron obtener del inventor del hirudíneo sobre la naturaleza de la materia explosiva de que hacía uso, fue la siguiente: «Algunas gotas de agua son las que ocasionan el desastre, inflamando mis sustancias explosivas, cuyos elementos se encuentran casi todos reunidos en cualquiera de las mesas de este hotel, pues yo podría emplear para mi objeto los corchos de las botellas, el ácido tártrico que contenga su vino, la sal, las yemas de huevos, el aceite y la mantequilla, y hasta las servilletas y manteles, que ofrecerían sobrada pioxilina para hacer volar toda una cuadrada.»

Concluyó el interrogado manifestando que sólo aguardaba la vuelta á Madrid del nuevo embajador de España en Londres, para ofrecer por su medio, ya por segunda y última vez, un invento solamente concebido con el propósito de hacer fácil, económica y segura la defensa de todo el extenso litoral de nuestra España y de sus provincias ultramarinas; pero que si, como en tiempos pasados, era favorecido por la indiferencia ó por el supremo desdén oficial-facultativo, que en tal caso no se le tachara de mal español; y al efecto puso en manos de nuestros representantes una comunicación procedente de la embajada de Alemania en Londres, fecha 28 de Mayo último, invitándole cortesmente á que comunicase su secreto y expresase sus condiciones de cesión exclusiva al imperio alemán.

Extraña coincidencia es que dos españoles hayan sido los primeros inventores de diversos aparatos de efecto submarino, destinados ambos á la destrucción de buques de guerra extranjeros, si bien los hirudíneos parecen ser al mismo tiempo los destructores de toda clase de ictíneos.

Variedades.

AFICIONES LITERARIAS

—¿Y qué género de literatura cultiva usted?

—El terrible generalmente; pero los he cultivado todos; ó casi todos. Porque aquí donde usted me ve yo vengo teniendo aficiones literarias desde los cuatro años y medio. Si señor, sí; á los cuatro años y pico escribía palotes en la escuela, bien torcidos y bien enmarañados por cierto, y sonetos y redondillas sueltas á domicilio.

—¡Qué precocidad tan espantosa!

—A los diez años ya hacía coplas horribles para los ciegos ambulantes; pero confieso que no me daba el naipe por ahí, y me dediqué á los abanicos ilustrados.

—Y se metió usted á pintor de abanicos?

—¡Qué, no señor! Me metí á iluminarlos con los rayos de luz de mi terrible chispa poética. ¡Y qué chispa, gran Dios, qué chispa! Aquello era una borrachera de inspiración.

Abanico que acertaba á caer en mis manos ya tenía encima su correspondiente seguidilla maniega. En menos de cuatro meses inundé de poesías los abanicos de un regimiento de muchachos de la localidad, entre las cuales llegué á tener mucho partido. Porque, como también este género, créalo usted que me cansó, y á las dieciséis primaveras justas fundé un semanario festivo que me arreó muchos sinsabores; porque el periódico era al mismo tiempo satírico, y ya sabe usted que la sátira... Por más que yo la manejaba bien, eso sí; aunque me esté medianamente el círculo.

—Tanta modestia...

—Cierta día de mal humor abandoné de repente la festividad y la sátira, y me volví de rondón en el periodismo político.

—¡Y qué fin los haría usted! ¡Como si los estuviera viendo!

—Hombre, lo que es eso de fondos... Pero me di una hartada de artículos y sueltos luribundos que hacían poner los pelos de punta al gobierno. Figúrese usted que en cierta ocasión provoqué una crisis...

—¿Ministerial?

—Una crisis financiera en el diario del cual era redactor en jefe. Ahuequé demasiado la voz aquel día; se me fue la pluma en un ataque de indignación patriótica; dije qué sé yo cuantas atrocidades de todo género, y á las 24 horas se quedó casi en cuadro el libro de suscripciones del periódico. Pero lo que más me gustó fue que en las cartas de despedida me llamaban los suscriptores del periódico, paparrulos, hombre sin educación y sintaxis, procaz y desvergonzado, y sin pizca de sentido común; y hasta creo que hubo alguno que se descolgó diciendo que yo no sabía lo que me traía entre manos. ¡Cuando no desafié entonces á media humanidad!... Mas todo se arregló por fin con mi salida ignominiosa de «La Galerna» (este era el título del diario), y sin encomendarme á Dios ni al demonio me fui derecho á las tablas.

—¿De periodista á carpintero!

—Quiero decir que me eché al teatro. Al principio escribía dramas y más dramas como quien escribe cartas á su familia; pero bien pronto comprendí que no me llamaba Dios por ese camino.

—¡Oh, el camino del drama está muy crizado de espigas y abrojos!

—Pues, señor, que me entré por las puertas de la comedia. La primerita que fabricé constaba de siete actos y un prólogo, con largas tiradas de versos alejandrinos, endecasílabos y romances de ciego.—Esto es interminable, señor joven—me dijo de mal talante la empresa cuando le presenté mi obra. Prepárese usted hacer cosas cortas y amenas, y tal vez lleguemos á entendernos, señor joven.—¿Con que cosas cortitas y amenas, eh? vengan aquí juguetes cómicos, piezas cómicas y zarzuelitas del género alegre. Y en más y medio arreglé unas trece ó catorce de esas obrillas, llenas, por supuesto, de chistes espontáneos, y de buena ley, de situaciones cómicas saboreando novedad y agudeza, y de tipos y personajes bien caracterizados y sostenidos hasta el fin. ¡Y la representación! Ahí está el cuento. No hubo nadie que se atreviera á aprehender con mis obrillas. Envidia y nada más que envidia, amigo mío: intrigas y miserias de basildores, como decimos nosotros los autores dramáticos.

—¿Y se desalentó usted por eso?

—De ninguna manera. Yo, siempre en la farmacia, amigo mío; siempre adelante con mis aficiones literarias, imperturbables y crecientes como la espuma. Me pareció sentir en aquellos momentos dentro de mí la inspira-